

Información, patrimonio cultural

Coleccionismo y otras realidades

Humberto Musacchio

Las encuestas son expresión clara, contradictoria y elocuente del *sentido común*, de las creencias generalizadas, de la fe colectiva que frecuentemente contradice la opinión intelectual. Pero la dosis de irracionalidad que acompaña al sentido común no lo hace más deleznable que ciertas ideas, presuntamente amasadas con rigor académico, pero que no se compadecen de la realidad ni empatan con las certezas sociales. Así lo revela una encuesta de *Este País* y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta), referida al patrimonio cultural y su conservación.

En el estudio de opinión pública a que se hace referencia, se entrevistó a mil 446 personas de 58 localidades de la República, la que a su vez fue dividida en cuatro zonas: la metropolitana, donde se encuentra el Distrito Federal y los municipios del área conurbada; la norte, que comprende la península de Baja California y los estados fronterizos con Estados Unidos; la sur, que incluye la península de Yucatán y las entidades de la costa sur del Pacífico; y la centro, donde queda todo lo que no se incluyó en los otros apartados.

¿La televisión, para incultos?

Del total de entrevistados, se determinó que casi 72 por ciento se informa mediante la televisión, 12 por ciento a través de la radio, y sólo 11.5 por ciento con la lectura de periódicos. De éstos, los que recurren a la prensa son en promedio los de más alta escolaridad. El mayor número de lectores está entre los 30 y los 50 años, y superan a los menores de 30 en una proporción de tres a dos, y éstos a los mayores del medio siglo por cuatro a uno.

Lo anterior parece confirmar el lugar común que considera que los cultos se informan mediante los medios escritos, y que entre más ignorante es una persona más tenderá a informarse por la televisión. Pero esto no es así necesariamente, porque los interrogados con educación básica que se informan por la televisión sumaron 64 por ciento, contra 72 por ciento de los que tienen alta escolaridad y 78 por ciento de quienes poseen educación media.

Se ubicó a los interrogados en tres grupos de ingresos: bajo, mediano y alto. De los situados en el grupo de altos ingresos, uno de cada cuatro lee periódicos, proporción muy elevada si consideramos que en el estrato de menores percepciones apenas uno de cada diez se ocupa de la prensa, y sólo uno de cada seis entre los de ingresos medianos.

Se enteran por la televisión 71 por ciento de las personas de bajos ingresos contra 67 por ciento de quienes disfrutan de las más altas percepciones, lo que parece lógico. Pero el esquema se rompe cuando observamos que el mayor número de espectadores de los telenoticieros son personas de ingresos medios: 75 por ciento.

Entre los que escuchan programas informativos en la radio están dos personas de bajos ingresos por una de medianos y otra de altos. Los radioescuchas de baja escolaridad doblan el número de los que tienen educación media y cuadruplican el de quienes llegaron a escuelas superiores. A mayor edad, más radio, dice la encuesta, pues por cada diez oyentes menores de 30 años hay 12 que están entre los 30 y los 50, en tanto que hay 16 que pasan de la media centena.

Es exactamente igual el número de hombres y mujeres que están atentos a los espacios informativos de la radio, y son más las mujeres que los hombres que ven telenoticieros (76 a 67), pero son varones dos de cada tres lectores de periódicos.

¿Bárbaros del norte?

Por zonas, se ve más televisión en la capital y en el centro del país (74 por ciento). Le sigue la zona sur con 72 por ciento, y el menor número relativo de televidentes está en el norte, donde sólo 65 por ciento se entera de las noticias mediante la pantalla doméstica.

El sur tiene amplia ventaja sobre las otras zonas en lo que se refiere al auditorio de los radionoticieros: 17 por ciento de los entrevistados contra 12 de la zona metropolitana, 11 del norte y 10 del centro.

En lo que toca al periodismo escrito, el norte tiene una amplia ventaja sobre el resto del país, pues 22 por ciento de los encuestados lee la prensa, contra 10 por ciento en el centro y zona metropolitana y sólo 6 por ciento en el sur.

Con este panorama, que descalifica la creencia en un norte bárbaro opuesto a un centro culto, es dudosa la eficacia de los llamados diarios nacionales, pues en su más inmediata área de influencia no han sido capaces de fortalecer la demanda.

¿Usted sabe qué es el patrimonio cultural?

Todos estos datos sobre información, escolaridad, ingresos, sexo, edad y lugar de origen permiten contextualizar otras

respuestas. Una de ellas es: "¿Usted sabe lo que es el patrimonio cultural?". La tercera parte de los entrevistados declaró que no sabía, 36 por ciento lo definió como "legado histórico", 10.8 por ciento como "monumentos", 8.8 como "riquezas naturales" y 7.8 como "arqueología" (*Cuadro 1*). En abono de los opinantes, hay que decir que la expresión "patrimonio cultural" tiene apenas 15 o 20 años en circulación.

La edad de lo antiguo

Muy concreta fue la pregunta que intenta determinar cuántos años se requieren para que algo sea antiguo. Casi 38 por ciento respondió que más de cien años, y 27 por ciento dijo que más de 200 años. A 30 por ciento de los interrogados le parece que se necesitan menos de 100 años para que algo se convierta en antigüedad, pero de entre éstos, 21.4 por ciento considera que deben pasar más de 50 años para que la pátina acumulada sea suficiente (*Cuadro 2*).

Entre quienes consideran que la antigüedad empieza después de los cien años está el 71 por ciento de las personas de altos ingresos, contra 69 de ingreso medio y 62 de bajo. Predominan los que se informan por la prensa, 77 por ciento, ante 66 por ciento de los que ven noticieros en la televisión y 57 por ciento de los que se enteran por la radio.

Por zonas, cuatro de cada cinco norteños consideran antiguo sólo aquello que tiene más de 100 años; en el centro son 65 por ciento los que sostienen este punto de vista; 61 por ciento en la zona metropolitana y sólo 52 por ciento en el sur. Un intento de explicación es que el norte es un territorio todavía en proceso de colonización, donde las piedras no tienen edad suficiente para convertirse en venerables. Pero eso es mera especulación.

Una conclusión grave se desprende de las cifras anteriores, y es que el patrimonio cultural necesita ser más que centenario para adquirir respetabilidad. Lo más joven está expuesto a la destrucción, como ocurre, por ejemplo, con la pintura mural no protegida por ley o con la arquitectura Art-deco, que en la ciudad de México, especialmente en las colonias Roma y Condesa, es víctima de la piqueta o de arquitectos mediocres que reconstruyen fachadas e interiores sin respeto alguno por los valores artísticos e históricos.

El conservacionismo sí es gratis

A la pregunta de si debe conservarse lo antiguo, 56.4 por ciento de los entrevistados respondió que sí, y 39.4 definitivamente que sí. En total, 95.8 por ciento se declara conservacionista. De ahí que 92.1 por ciento rechace que se construyan unidades habitacionales en zonas arqueológicas o que 94.7 por ciento considere útil (56.3 por ciento) o muy útil (38.4 por ciento) lo que heredamos del pasado, y que cuatro de cada cinco se opongan a que en nombre de la modernidad se destruya lo viejo, y esté en contra de que los conventos antiguos o los sitios arqueológicos se usen como hoteles, así como que dos de cada tres repudien dar tal empleo a los edificios coloniales.

Pero ese conservacionismo reverencial ignora las duras realidades materiales. Por ejemplo, cuando se pregunta si cuidar el patrimonio cultural obstaculiza el desarrollo económico, tres de cada cuatro personas responden que no, como si la vigilancia y el mantenimiento no requirieran un fuerte gasto (*Cuadro 3*). Curiosamente, a mayor escolaridad mayor contundencia en la negativa.

Hay una variada oposición a que las pirámides e iglesias se usen para conciertos de rock (84.7 por ciento), fiestas privadas (79.6), recepciones a presidentes (74.1), concursos de Miss Universo (70.5) y hasta conciertos de música clásica (65.4). Sorprendentemente, la oposición más débil (54.8 por ciento) la motivó la realización de anuncios comerciales de televisión en esos lugares (*Cuadro 4*).

Hay datos que indican que el paternalismo del Estado y el centralismo han perdido terreno. Por ejemplo, sólo dos de cada cinco opinan que los bienes culturales están bien conservados; sólo uno de cada 20 cree que deben dejarse al cuidado de las autoridades de la capital del país, en tanto que 43 por ciento propone que tal cuidado sea tarea exclusivamente local y 45 por ciento está a favor de compartirla con el gobierno central (*Cuadro 5*).

Un 70 por ciento considera que las piezas arqueológicas deben quedarse en los estados de donde son, en tanto que sólo 13 por ciento está porque se exhiban en la ciudad de México y para 12 por ciento la decisión depende de la pieza (*Cuadro 6*).

A la pregunta de quién debería cuidar el patrimonio, si los judiciales o la comunidad, 42.3 por ciento se manifestó porque fuera la comunidad, 46.8 porque lo hicieran ambos, y sólo 5.6 votó por dejárselo a los policías (*Cuadro 7*).

Una variante fue preguntar quién debería ya no cuidar sino administrar tal patrimonio, si la comunidad, la

iniciativa privada o el gobierno. La primera tuvo 27.2 por ciento de las respuestas, la IP se llevó sólo 5.1 y el gobierno 32.9, en tanto que 27.3 por ciento opinó que debe ser tarea conjunta de las tres fuerzas (*Cuadro 8*). Una primera interpretación de estos números sería que la mayoría de los opinantes confía todavía en el gobierno. Sin embargo, otra lectura podría decir que 77 por ciento de los ciudadanos se opone a dejar el asunto exclusivamente en manos oficiales, lo que es muy distinto.

En el caso de los templos, casi la mitad considera que debe ser el cura quien debe hacerse cargo de él, una cuarta parte cree que debe ser la comunidad y solamente 3.2 por ciento estaría por ponerlo en manos del gobierno, mientras que uno de cada cinco opina que el cuidado es labor de todos los mencionados (*Cuadro 9*).

La mitad de los entrevistados considera que pagar 10 pesos por entrar a Teotihuacán no es una cuota alta ni baja. Dicho de otra manera, la cree justa y aún hay un 10 por ciento que considera baja la cuota. Curiosamente, sólo uno de cada tres de los entrevistados ha visitado Teotihuacán, una proporción similar a la de quienes estiman alta o muy alta la cuota de ingreso.

Dos medidas

Hay un marcado nacionalismo en las respuestas. Por ejemplo, 92.6 por ciento de los entrevistados cree que se debe exigir la devolución de piezas arqueológicas mexicanas que están en el extranjero (*Cuadro 10*). Igualmente, 91.8 está por el retorno de las obras de arte mexicano que se hallan fuera del país. En cambio, a la pregunta de si debe México devolver las piezas artísticas y arqueológicas extranjeras a sus países de origen, sólo 81.2 por ciento de las opiniones fueron afirmativas (*Cuadro 11*).

Ese nacionalismo se hizo más estrecho cuando se preguntó de quién eran patrimonio los sitios arqueológicos de México. Un 58 por ciento respondió que nada más de los mexicanos y sólo 36 por ciento los considera patrimonio de la humanidad.

Se dijo a los participantes en la encuesta: "¿Usted cree que es correcto o incorrecto que en México se prohíba coleccionar arqueología y en el extranjero se permita?". La respuesta de 52.5 por ciento fue que es correcto, 31.2 dijo que incorrecto y el resto dio otras respuestas (*Cuadro 12*).

Bajo la consideración de que "algunos dicen que es bueno que haya coleccionistas de obras de arte y piezas arqueológicas porque protegen y conservan estas obras", o bien que "es malo porque fomentan el saqueo y los robos", la mitad de los interrogados se manifestó en contra de que haya coleccionistas y sólo uno de cada cuatro estuvo en favor de su existencia. Los demás respondieron que les daba igual (16.5 por ciento) y declararon no saber (10.4 por ciento) (*Cuadro 13*).

Para 57.8 por ciento de los entrevistados el coleccionismo provoca robos y destrucción del patrimonio cultural, y sólo 19 por ciento opina lo contrario (*Cuadro 14*). En apoyo de lo anterior, 23.8 por ciento de los opinantes considera que son conocedores los ladrones de piezas arqueológicas, 20 por ciento cree que se trata de extranjeros, 14.7 atribuye la ratería a políticos, 4.6 a los responsables de cuidarlas y 4.8 a los mexicanos comunes.

Acerca de los robos en las iglesias, 25 por ciento los atribuye a conocedores, 12.7 a extranjeros (mucho menos que en el apartado anterior), 8.7 a políticos (porcentaje menor quizá porque se supone que entran poco a los templos), 9.6 a los responsables de cuidarlas, y 3.3 considera que son antropólogos los ladrones de templos.

En lo que se refiere a sustracciones de museos, 27.9 las atribuye a conocedores, 14.7 a extranjeros (casi igual que en las iglesias, pero mucho menos que en las zonas arqueológicas), 12.6 a políticos, 6.5 por ciento a los responsables de cuidarlas y 3.6 a los antropólogos.

Más de la mitad de los entrevistados cree que los robos son ejecutados por organizaciones criminales y sólo 11.2 por ciento los considera casos aislados. A los políticos se les carga la décima parte de los hurtos, y aquí, como en los tres casos anteriores, destaca que los políticos salgan más o menos bien librados, si se atiende a la creencia generalizada de que todo político es ladrón, a menos que sea muy tonto.

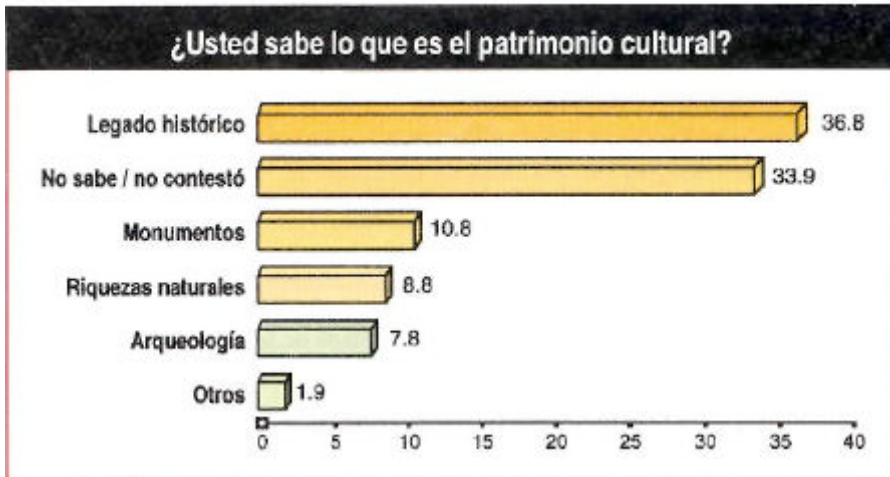
¿Qué es Conaculta?

En resumen, el coleccionismo no concita precisamente simpatías, pues se le considera causa de robos y destrucción. No obstante, cuando se preguntó a los entrevistados qué harían al encontrar una figurilla antigua enterrada, 40 por ciento respondió que conservarla, 6.6 por ciento confesó que la vendería, 5.5 por ciento dijo no saber qué haría y 43 por ciento contestó que la entregaría a las autoridades (*Cuadro 15*). Sólo 2.3 por ciento dijo que la dejaría en el mismo lugar, quizá porque está prohibido moverla, lo que pone a casi todos los encuestados en situación ilegal, no sólo a los que estarían dispuestos a venderla o a conservarla para sí, sino también a quienes, con la mejor buena fe, la arrancaran de su sitio para entregarla a la autoridad, todo lo cual evidencia la generalizada ignorancia de la legislación respectiva y su nula funcionalidad.

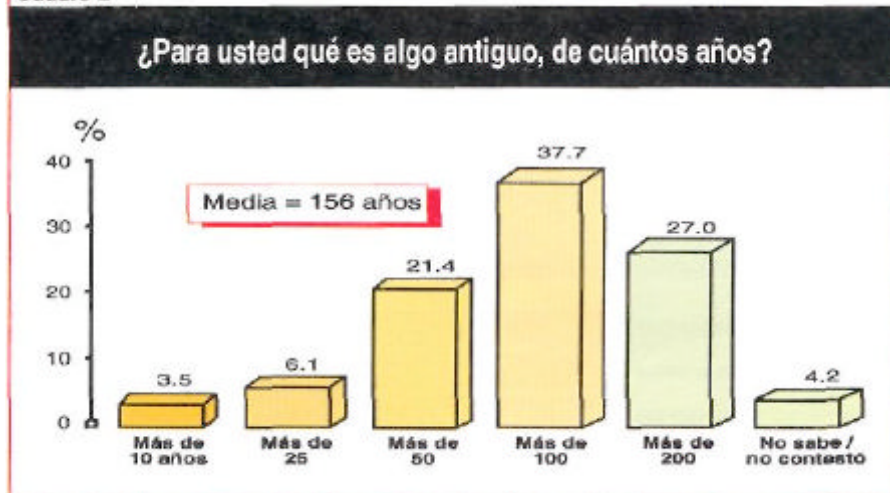
De los mil 446 entrevistados, 948 (68.5 por ciento) no saben qué es el Instituto Nacional de Antropología e Historia (*Cuadro 16*) y, peor aún, mil 97 (80 por ciento) ignoran que existe el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (*Cuadro 17*). Se trata de las instituciones en las que la República depositó la autoridad en los temas de arqueología y arte, pero pocos mexicanos lo saben. Eso habla más mal de tales instituciones que de quienes ignoran su existencia.

*El autor es periodista y coordinador del suplemento cultural *Comala*, del diario *El Financiero*

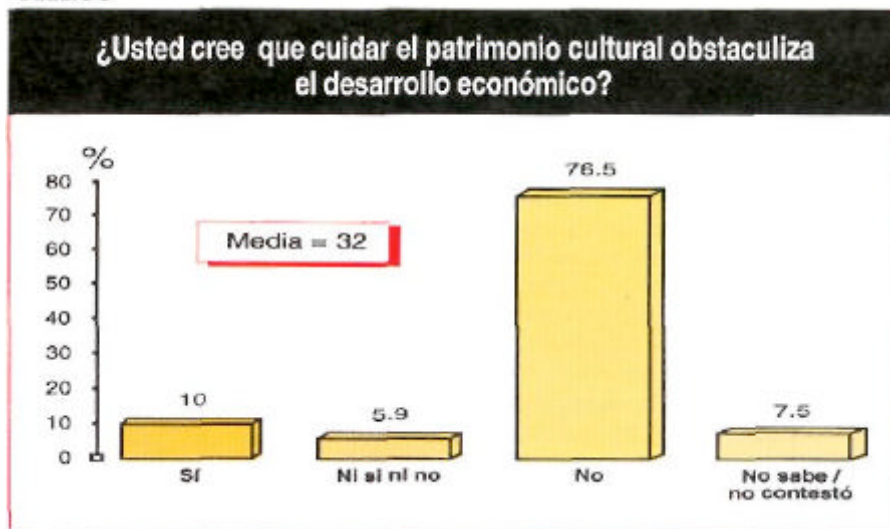
Cuadro 1



Cuadro 2



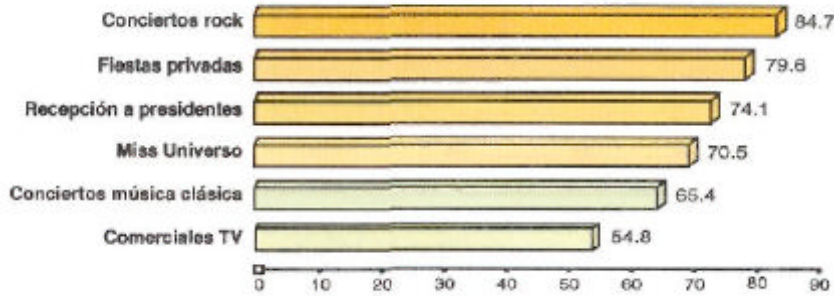
Cuadro 3



Cuadro 4

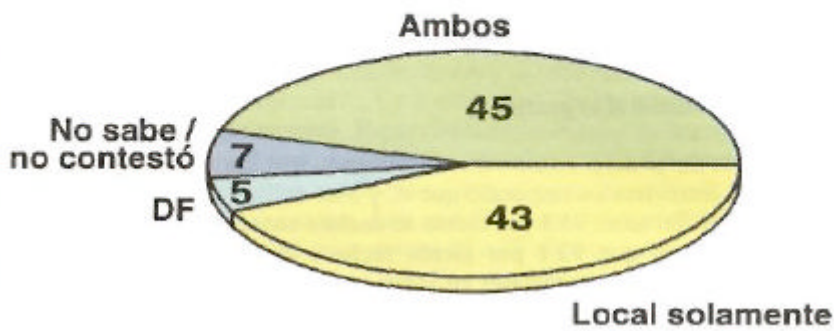
En contra de que se permitiera el uso de lugares como las pirámides e iglesias para...

% de respuesta "en contra y totalmente en contra"



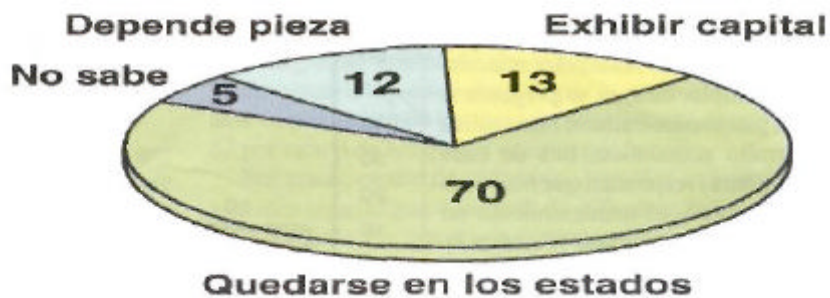
Cuadro 5

¿El patrimonio de su comunidad se debe conservar desde el DF solamente o con participación local?

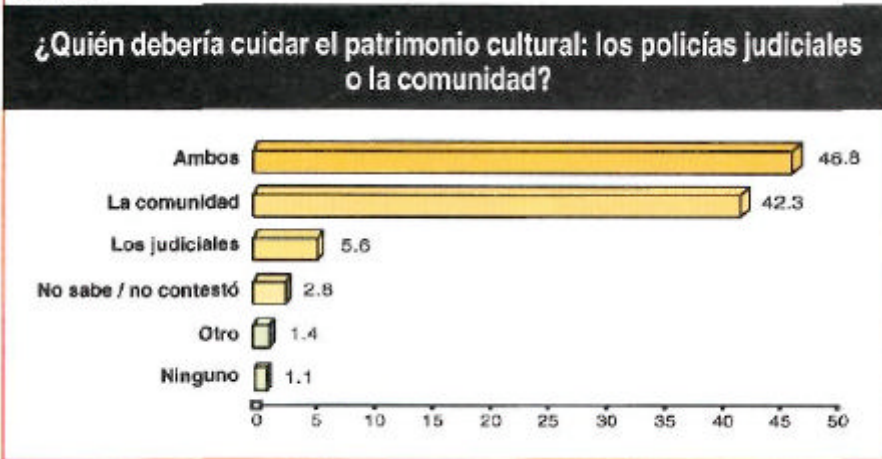


Cuadro 6

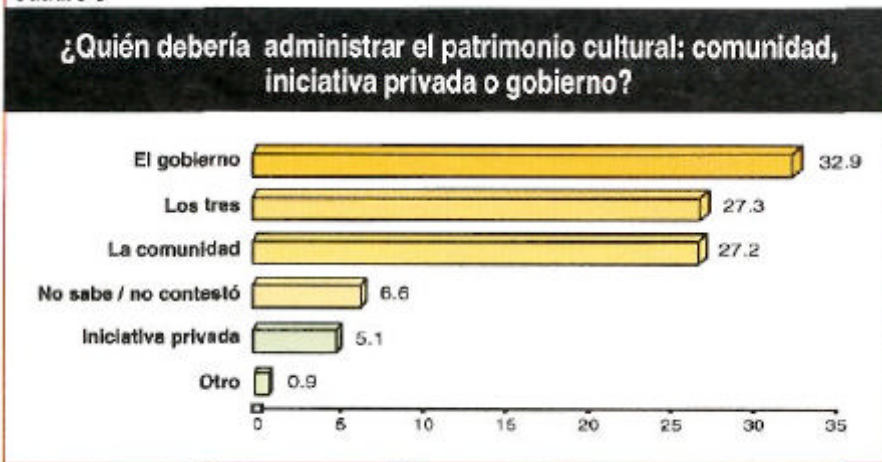
¿Las mejores piezas antiguas de los estados deben llevarse a la capital para ser exhibidas en los museos nacionales o deben quedarse en sus estados correspondientes?



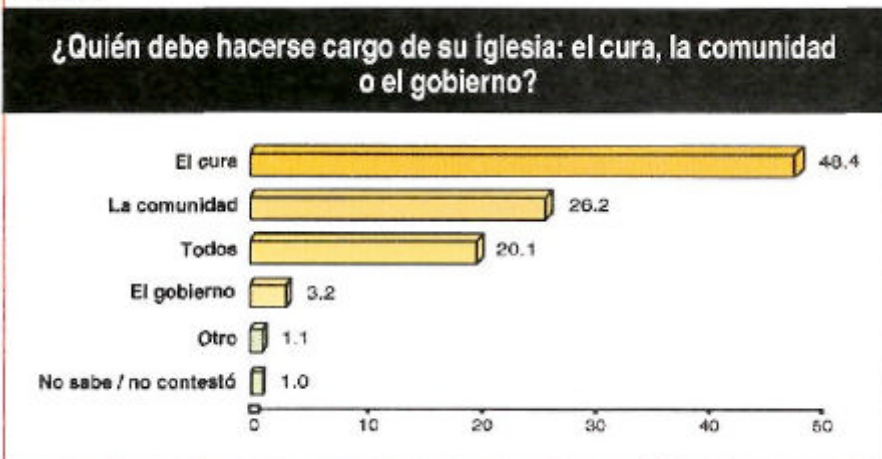
Cuadro 7



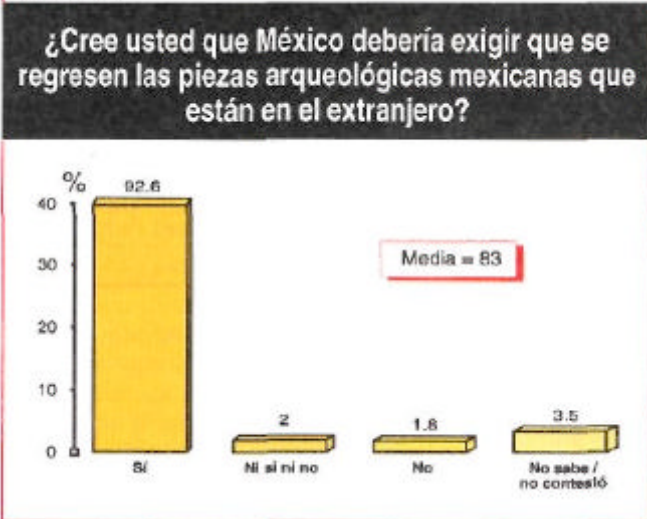
Cuadro 8



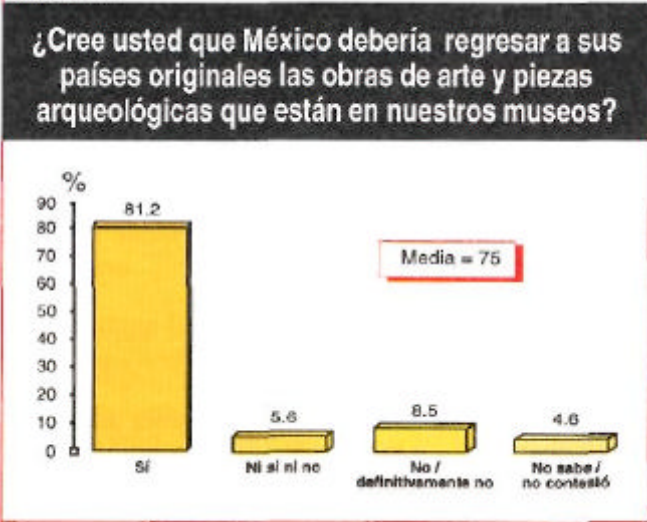
Cuadro 9



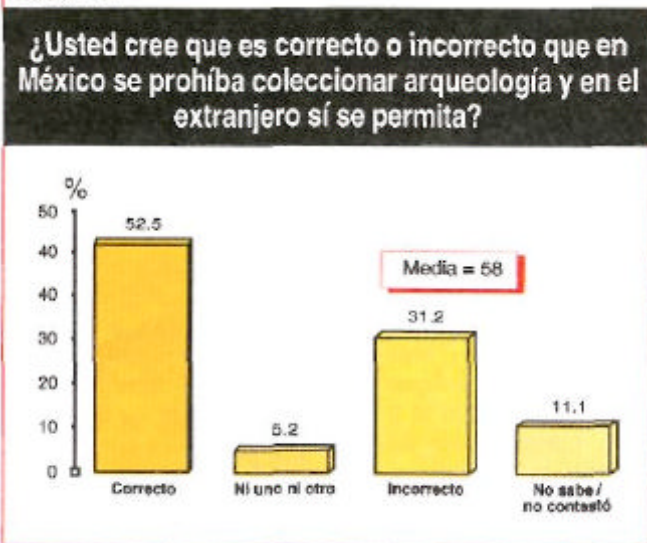
Cuadro 10



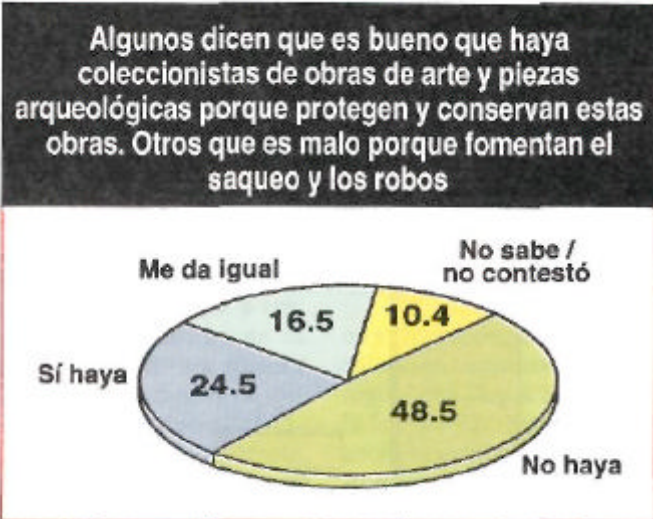
Cuadro 11



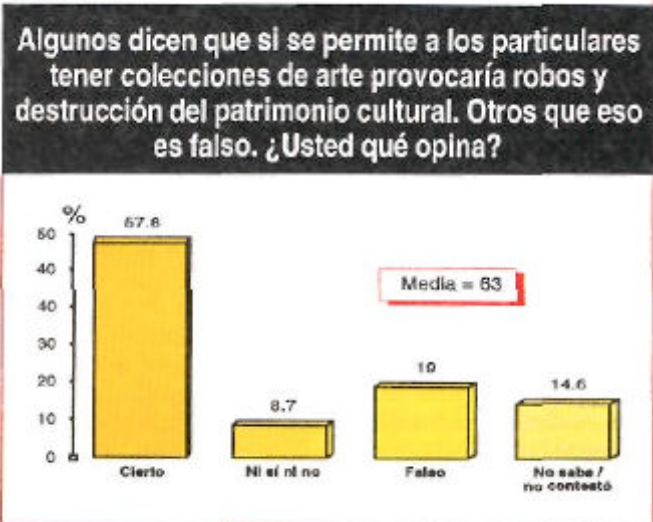
Cuadro 12



Cuadro 13



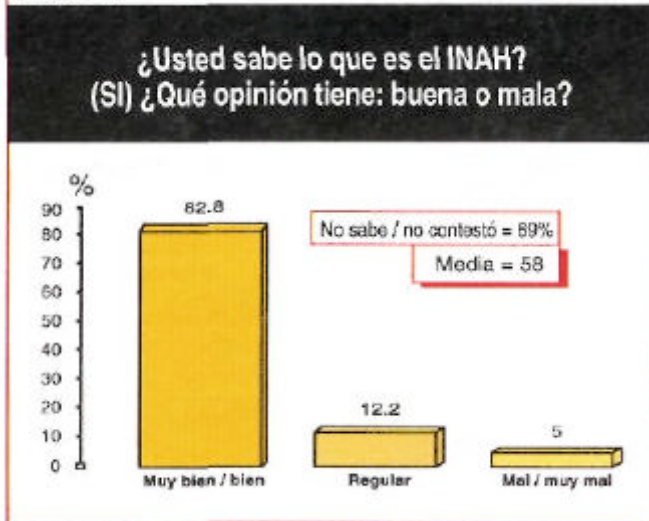
Cuadro 14



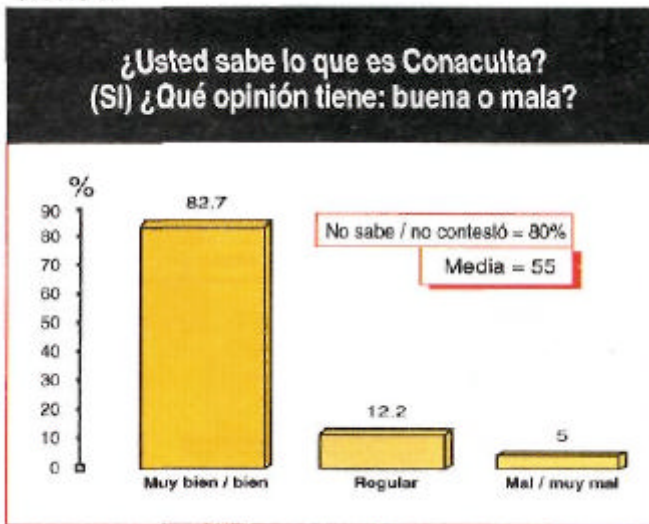
Cuadro 15



Cuadro 16



Cuadro 17



vitrina metodológica

Fecha de levantamiento: mayo de 1993; patrocinador: *Este País*/Conaculta; método de muestreo: aleatorio por conglomerados; tamaño de la muestra: 1446 entrevistas en 58 puntos de inicio; tipo de entrevista: personal en el domicilio; margen de error: $\pm 2.6\%$; responsable de investigación: PEAC